

vers, fueron de nuevo acometidos y deshechos por Gonzalo de Córdoba en la famosa batalla de Fleurus (9 de agosto, 1622), una de las mas gloriosas para los españoles y de las mas memorables de aquella guerra, y en la que acreditó el jóven nieto del Gran Capitan que corria dignamente por sus venas la sangre de su abuelo. Los generales rebeldes llegaron á Holanda con el resto de sus acuchilladas tropas.

El malvado obispo Brunswick, dijimos antes, y con razon hemos denominado asi un á prelado que se hacia llamar él mismo *amigo de Dios y enemigo de los sacerdotes*, que convertia en moneda los objetos de oro mas sagrados, que robaba á los templos, y vendía ó acuñaba hasta las estatuas de los santos ⁽¹⁾; con cuyas acciones y otras semejantes fué con mucha justicia tenido por uno de los hombres mas perversos de su siglo.

Este obispo guerrero fué otra vez derrotado al año siguiente (1624) por el valeroso Tili, quedó desde entonces tan debilitado que no pudo emprender ya cosa séria en adelante. Otro de los enemigos de Fernando, Betleen Gabor, que se intitulaba rey de Hungría, hizo por su parte una tregua con el emperador

(1) Refiérese que cuando se apoderó de Munster, se fué derecho á la catedral, y entrando en una capilla, donde habia doce estatuas de plata de los apóstoles, les apostrofó con cinico sarcasmo diciendo: *¿Asi cumplis con el*

precepto de vuestro maestro de correr por todo el mundo? Pues yo os haré obedecer. Y las mandó derribar y llevarlas á la casa de la moneda para convertirlas en thalers.

hasta marzo del año inmediato, que despues se prolongó y se convirtió en un tratado de paz. A pesar de esto pululaban de tal modo en Alemania los enemigos del emperador y de la casa de Austria, que llegó á tener contra sí un ejército de ochenta mil hombres; mas por una parte la muerte del abominable obispo Halberstadt (6 de mayo, 1626); por otra la derrota del conde de Mansfeldt sobre el Elba por el general de las tropas imperiales; por otra la victoria de Tili sobre el ejército del rey de Dinamarca, y la del conde de Oppenheim sobre las turbas de paisanos armados, dejaron al emperador Fernando descansar por algun tiempo.

No era solamente en Italia y Alemania donde se meneaban las armas españolas. La antigua guerra de Flandes habia resucitado tambien. La tregua de doce años entre España y la república de las Provincias Unidas de Holanda espiró en el primer año del reinado de Felipe IV, y la proposicion que el archiduque Alberto hizo á los Estados generales de la república para que las diez y siete provincias volviesen á su obediencia, fué recibida con el desden que era de esperar por los holandeses, no sin razon orgullosos de haber conquistado su independendencia. Preparáronse pues unos y otros á la lucha. Los holandeses se confederaron con el rey de Dinamarca, y el español don Fadrique de Toledo, general de la armada del Océano, atacó y destrozó en las aguas de Gibraltar una escua-

dra de treinta buques mercantes holandeses, suceso al cual se dió gran importancia ⁽¹⁾. De España le fueron ofrecidos socorros al archiduque, y dióse orden á los generales de Flandes para que emprendieran con vigor la campaña (1622). Hízolo con su acostumbrada energía el marqués de Espínola, y apoderóse, entre otras conquistas, de la importante plaza de Juliers. Las tropas y los generales españoles acudían indistintamente á Alemania y á Holanda, considerándose para nosotros como una sola la guerra que sosteníamos á uno y á otro lado del Rhin. El cardenal de Richelieu, que no perdía coyuntura de suscitar enemigos á España, logró que Francia é Inglaterra socorrieran con dinero á los holandeses, y los ayudáran á levantar tropas en aquellos reinos (1624). Acá se decomisaban los navíos holandeses que comerciaban con bandera alemana, pero en cambio las escuadras y corsarios de aquella república nos hacían daños inmensos en las costas de América y del Brasil, y saqueaban á San Salvador, á Lima y el Callao.

La muerte de Jacobo I. de Inglaterra, y la del holandés Mauricio de Nassau, dos terribles enemigos de España (1625), no mejoraron la situación de nuestros negocios en Flandes; porque al de Inglaterra sucedió

(1) Hay varias relaciones manuscritas é impresas de esta victoria naval.—Colección de Cisneros (en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia), p. VII, c. I.—«Victoria que la Real Armada, etc.» por Francisco de Lira, J. 117.—«Relacion verdadera de la victoria, etc.» por Bernardino de Guzman, ibid. J. 32.

Cárlos I., que en su resentimiento contra España le hizo la guerra con mas calor que su padre, y al holandés le sucedió su hermano Federico Enrique, entusiasta por la independencia de la república, y hombre de gran talento para los negocios de la guerra. Pero un suceso de importancia vino luego á dar favorable aspecto á la lucha que España sostenía en los Países Bajos. El marqués de Espínola recibió de Felipe IV. una orden, célebre por lo lacónica, en que le decia: «*Marqués de Espínola, tomad á Breda.*» Y Espínola emprendió sin vacilar el sitio de la importante, fuerte, y bien provista y guarnecida plaza de Breda (1626.) Este sitio fué poco menos famoso que el de Ostende, y Breda se rindió á los diez meses de cerco. Envió despues Espínola al conde de Horn á sorprender la Esclusa, pero no pudo lograrlo. Sin embargo las cosas de Flandes iban hasta ahora de buen aspecto ⁽¹⁾.

Coincidieron con este triunfo los de don Fadrique de Toledo contra los holandeses en la América Meridional, arrojándolos de Guayaquil, Puerto Rico y otras islas de que se habian apoderado, el de la armada de Nápoles contra los piratas berberiscos, bien que costándonos la muerte gloriosa del conde de Benavente que mandaba nuestras naves, y á quien reemplazó

(1) Le Clerc. Hist. de las Provincias Unidas.—Chapuis, Historia general de las Guerras de Flandes.—Céspedes y Meneses, Historia de Felipe IV., lib. V.

don Francisco Manrique, que fué el que logró apresar casi todas las galeras enemigas; y el de don García de Toledo, que con no menos fortuna rindió cerca de Arcilla cuatro naves africanas. De modo que en los primeros seis años del reinado de Felipe IV. los ejércitos y las armadas de España iban en boga en Italia, en Alemania, en Flandes, en América y en la costa de Africa, con lo cual no es extraño que la corte de Madrid anduviera un tanto desvanecida, y no es poco de maravillar que tales resultados se obtuvieran en medio de la escasez de recursos que se sentía en el reino.

Entretanto no habia estado tampoco ociosa la diplomacia, y habian tenido grandemente entretenida á la corte los tratos de matrimonio entre la infanta doña María, hermana del rey Felipe IV., y el príncipe de Gales, primogénito del rey Jacobo I. de Inglaterra. Ya en los últimos años de Felipe III. habia el monarca inglés entablado pláticas á este fin, pero nada se habia determinado, á causa del reparo y como repugnancia que sentia el devoto rey de Castilla á ver su hija casada con un protestante. Muerto Felipe III. renovóse la idea y se avivaron las esperanzas del inglés, el cual envió de nuevo al conde de Bristol á Madrid junto con el embajador español Gondomar, para que prosiguieran con calor las negociaciones. Pero al propio tiempo que el rey de Inglaterra solicitaba por medio de su embajador la mano de la infanta, pedia

tambien que la España y el emperador Fernando devolvieran al Elector Palatino, su deudo, los estados que acababa de perder en la guerra de Alemania. Por mas que en las conferencias que sobre ello se tuvieron, ni la corte de Madrid se mostrara dispuesta á acceder á lo del Palatinado, ni el inglés concediera á los católicos de su reino toda la libertad que como condicion de la dispensa pontificia le pedia el papa ⁽¹⁾, hubo el de Bristol de pintar á su monarca el asunto como próximo á tener una solucion feliz; ello es que allá se determinó que viniera en persona el príncipe, como lo ejecutó sin saberlo nadie mas que su padre, pasando por Francia de incógnito, y llegando de la misma manera á Madrid, acompañado del conde, despues duque de Buckingham, cuando nadie le esperaba (7 de marzo, 1623). Dispúsose que de allí á pocos dias hiciera el príncipe su entrada solemne en la corte.

Acaso nunca príncipe alguno estrangero fué recibido en la corte de España con mas suntuosidad y mas pompa; acaso ninguno fué nunca agasajado con mas variados y brillantes festejos públicos; y para no

(1) El rey Jacobo y su hijo, despues de muchas correcciones hechas en Roma, prometieron bajo su palabra de rey y de príncipe, que los católicos de su reino no serian de modo alguno perseguidos con tal que se limitáran á ejercer privadamente su culto en casas particulares: se fijó la dote de

la infanta en dos millones de escudos, y se acordó que se celebrarían los desposorios á los cuarenta dias de haber llegado la dispensa, y dentro de las tres semanas siguientes partiria la infanta.—Dumont, Cuerpo diplomático, part. V. tomo II.—Mercurio francés, IX.—Memorias de Clarendon.

poner tasa al lujo que cada cual quisiera desplegar se mandó suspender la pragmática sobre trages; á juzgar por aquellas demostraciones nadie tampoco debió concebir mas fundadas esperanzas del buen éxito de su pretension ⁽¹⁾. Pero el asunto del matrimonio estuvo muy lejos de marchar tan de prisa y tan en bonanza como sin duda el pretendiente debió creer: al contrario observábase una lentitud estraña y desacostumbrada. Se consultó sobre él al pontífice; se llevó igualmente en consulta á juntas de teólogos, canonistas, jurisconsultos, consejeros, generales y prelados de las órdenes, y se pidió parecer á muchos religiosos y particulares. Casi todos dieron dictámen favorable al matrimonio, y ya se trató de fijar el dia en que habian de celebrarse las bodas ⁽²⁾. Pero cuanto mas

(1) Copia de una carta tan discreta como breve que envió el rey de Inglaterra á Felipe IV. con su hijo; Londres 28 de febrero. MS. de la Real Academia de la Historia: Coleccion de Cisneros, p. 7, cap. 22.—Cartas que escribió el rey á los grandes y prelados luego que llegó el príncipe. MS. Ibid. p. VIII cap. 44.—Relacion del gran recibimiento que se hizo en Madrid al príncipe de Gales. MS. Ibid. p. IX. cap. 41.—Fiestas primeras de toros con que celebró la villa la venida del príncipe de Gales: Segundas fiestas de toros etc.: Máscara festiva que hizo el almirante de Castilla por la alegría de la venida del príncipe de Gales: Fiestas reales y juegos de cañas, etc.—La descripción de estas y otras fiestas se halla en una voluminosa obra manuscrita, por Diego de So-

to y Aguilar, criado de las Magestades del señor rey don Felipe el IV. el Grande, y de su hijo don Carlos II. furrier y aposentador de las tres guardias; Española, Amarilla, Vieja y de á caballo de la Real persona.

(2) Breve de la Santidad de Gregorio XV. para el príncipe de Gales. MS. Coleccion de Cisneros, p. VIII, c. 44.—Dictámenes del Consejo de Castilla y otros sobre el casamiento de la infanta. MS. Biblioteca de Salazar, F. 4.—Parecer que dió en la junta el Padre Juan de Montemayor, jesuita, acerca del casamiento. MS. Cisneros, p. X, cap. 16.—Memorias que el príncipe de Gales dió en razon que se concluya el casamiento con la infanta. Ibid.

Despues de muchas negociaciones llegaron á hacerse dos trata-

adelantados parecian ir los tratos, mas se suscitaban nuevas dificultades, y entreviase que si acaso el matrimonio no era del gusto de los ingleses, por parte de la córte española se obraba de modo que daba lugar á que pudiera pensarse todo menos que se tratára como asunto sério. El rey le obsequiaba, Olivares le entretenia, divertíale el público, pero en los capítulos matrimoniales nunca faltaba algun reparo que poner. Y cuando el príncipe instaba por que se concluyeran, hízosele entender que estando la estacion tan avanzada, la infanta no podria salir de España hasta la primavera próxima.

Ya esto hizo desconfiar al aventurero príncipe, cuya paciencia se iba acabando. Buckingham tenia sus rivales en Lóndres, en Madrid no corria bien con Olivares y aconsejó al príncipe que se volviera á su reino, y el rey Jacobo su padre, cansado tambien de tan largo entretenimiento, le ordenó que volviese á Inglaterra. Dispuso pues el príncipe inglés su partida, de-

dos, uno público y otro secreto. Por el público se estipulaba que el matrimonio se celebraria en España y se ratificaria en Inglaterra; que los hijos estarían hasta los diez años bajo la vigilancia de su madre; que la infanta y su servidumbre tendrían una iglesia y una capilla con capellanes españoles para el ejercicio de su culto. El tratado secreto contenia cuatro artículos, á saber: que no se ejecutarían en Inglaterra las leyes penales relativas á religion; que se to-

leraria el culto católico en las casas particulares; que no se harían tentativas para que la princesa abandonára la fé de sus padres, y que el rey emplearia toda su influencia con el parlamento para obtener la no aplicacion de las leyes penales. El rey y los lores del consejo juraron la observancia de tratado público en la capilla real de Westminster; el secreto le juró el rey solo ante cuatro testigos en casa del embajador.

jando no obstante un embajador para que siguiera arreglando los desposorios. Nada se hizo en la corte para detenerle. Hizole, si, el rey magníficos regalos, y á todos los caballeros de su comitiva, y lo mismo ejecutaron el de Olivares y otros grandes del reino. Verificóse pues la salida del príncipe (7 de setiembre, 1623), despues de siete meses pasados entre festejos, esperanzas y sospechas: acompañáronle el rey y los infantes hasta el Escorial, donde se despidieron abrazándose afectuosamente, continuando desde allí el príncipe su viage á Santander y á Lóndres, á cuya ciudad arribó el 4 de octubre en compañía del duque de Buckingham, con quien habia venido.

(1) Relacion de la partida del príncipe. MS. Colecc. de Cisneros, p. IX, c. 3.—Salazar, Miscelánea, tomo XXXIV.—Soto y Aguilar, Tratado de las fiestas memorables, etc. MS.—Este escritor da una noticia muy curiosa de lo que cada cual regaló al príncipe, comenzando por el rey y la reina, y siguiendo por los infantes é infantas, las damas, meninas y mayordomos de palacio, el conde y la condesa de Olivares, el almirante de Castilla y otros magnates. De esta relacion se deduce que el príncipe inglés salió de Madrid cargado de joyas, preseas, caballos, pieles y otros regalos y presentes de gran valor.

Al decir de los historiadores ingleses, Buckingham y Olivares no se despidieron tan afectuosamente como el rey y el príncipe, pues cuentan que dijo el embajador inglés al ministro español: Yo seré siempre un servidor humilde

del rey, de la reina y de la princesa, pero vuestro jamás.—Agradesco la fineza, le contestó el de Olivares.—Tratados de Somers, II.—Memor. de Alard, I.—Cabala, Rushworth, Prynne, Memor. de Clarendon.

Parecia en efecto cosa de burla marcharse el príncipe y seguirse aqui concertando la boda. Señalóse para ella el 9 de diciembre; se convidó á la nobleza; se preparó el local en palacio, y se dispusieron fiestas, cuando llegaron diferentes correos á Madrid previniendo á Bristol que se preparara á volver á Lóndres, y que informára al rey Felipe que Jacobo y Carlos estaban prontos á terminar lo del matrimonio, con tal que él se comprometiera á tomar las armas para defender el Palatinado. El monarca español se resintió vivamente y desechó semejante condicion como deshonrosa para él y para su hija. Mandó deshacer

Natural era que el príncipe, si bien no rechazado, pero tampoco favorecido de España, aunque acá procurase mostrar buen semblante, allá no ocultara que iba herido en lo que hiere mas profundamente el corazón de un jóven. El rey y la corte de Lóndres lo atribuyeron á una intriga del conde-duque de Olivares, que luego veremos si se condujo con desacierto ó con tino en este negocio, y comenzaron unos y otros á mirar con malos ojos á España, y á desear ocasiones en que humillarla y abatirla. Por eso al año siguiente (1624) los holandeses obtuvieron dinero de la Inglaterra para la guerra contra España, y el permiso para levantar seis mil hombres en aquel reino. Por eso en 1625 el cardenal de Richelieu pidió bageles á aquella potencia para atacar por mar á los genoveses protegidos por los españoles. Por eso los piratas ingleses infestaban nuestras costas de América en union con los de Holanda. Y como á este tiempo muriere el rey Jacobo I., y le sucediese su hijo Carlos, el pretendiente de la infanta de España cuando era príncipe de Gales, viéronse luego los efectos de su resentimiento contra la nacion de quien se contemplaba ofendido. Una escuadra de noventa velas inglesas se presentó á fines de aquel año (1625) delante de Lisboa: no se atrevió á atacar la ciudad, pero doblando el cabo de San Vi-

todos los preparativos de bodas, y gham de las mortificaciones que en la infanta dejó el título de prince- Madrid les habian hecho sufrir en sa de Inglaterra que ya llevaba. sus esperanzas y en su orgullo. Asi se vengaron Carlos y Buckin-

cente y entrando en la bahía de Cádiz, el lord Wimbledon que la mandaba echó en tierra diez mil hombres, que se apoderaron de la torre del Puntal; si bien rechazados primero por don Fernando Giron al frente de los paisanos armados, y amenazados despues por el duque de Medinasidonia, gobernador de Andalucía, que acudió con la nobleza de las ciudades y alguna tropa, se reembarcaron precipitadamente, se alejaron de la costa, y regresaron á Plymouth (8 de diciembre) con pérdida de mil hombres y de treinta naves. No volvió por entonces Carlos I. á hostilizarnos ⁽¹⁾.

Este monarca, que despues de su malograda pretension á la mano de la infanta doña María de Castilla hizo un enlace desgraciado con la princesa Cristina, hermana del rey de Francia, daba favor á los rebeldes protestantes de la Rochela que Luis XIII. tenia el mayor interés y empeño en destruir. Entonces Richelieu, aprovechando la paz en que el francés estaba con España por el tratado de Monzon (1626), negoció con el conde-duque de Olivares que una armada española de cincuenta velas divirtiese á los ingleses atacando las costas de Inglaterra y de Irlanda. El artificio, si hubo, como se supone, en Richelieu la inten-

(1) Un historiador inglés dice que al pasar por el puente de Zua-
zo encontraron una porcion de botas de vino, los soldados bebieron con exceso y se insubordinaron, y el general en vista de esto los hizo reembarcar precipitadamente.—
Rushworth, I.—Cartas de Howell.
—Wimbledon dijo que habia aceptado el mando con repugnancia, porque ya preveia el resultado. La verdad es que no era hombre de capacidad para tales empresas.

cion de inutilizar las fuerzas marítimas españolas, menester es confesar que le salió bien. Porque la expedicion de nuestra armada en lo avanzado de la estacion del invierno (1627), corrió no poco peligro, y fué por lo menos costosa é inútil, teniendo que refugiarse otra vez á nuestras costas. Y sin embargo no faltaban aduladores que celebráran al de Olivares estos sucesos como otros tantos triunfos de su sábia política.

Las naves inglesas y holandesas hacian tal persecucion y andaban tan á caza de las flotas españolas destinadas á traer el dinero de las Indias, que cuando arribaban nuestros galeones salvos y sin tropiezo, se celebraba en la córte como un acontecimiento de extraordinaria prosperidad. La llegada de una flota con diez y seis millones de moneda sin haber tropezado con la armada inglesa que habia acometido á Cádiz (1625), se mandó celebrar en Madrid con fiestas anuales ⁽¹⁾.

Ne sucedió así con la que dos años mas adelante (1627) venia de América con grandes caudales; que mientras imprudentemente se habia enviado nuestra escuadra contra Inglaterra en ayuda de la Francia que no lo merecia, se dió lugar á que aquel cuantioso capital cayera en poder de las naves de Holanda cerca de las Islas Terceras.

(1) Decreto de S. M. para que en todo el reino se hiciesen fiestas todos los años el dia 27 de noviembre en hacimiento de gracias por la venida de los galeones. Sevilla, Juan de Cabrera.—MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, J. 93.

A pesar de estos parciales contratiempos, no se puede desconocer que en las guerras y relaciones exteriores los sucesos de España habían ido marchando con mas próspera que adversa fortuna. La corte se envanecía de ello, y el conde-duque de Olivares lo atribuía todo á su hábil política, cuando en realidad de verdad el mérito era de la decision é inteligencia de los generales y del valor y bravura de los soldados de mar y tierra, que aun continuaban dando glorias y laureles á su patria. Pero no había de tardar en conocerse que con tal política y tal administracion en medio de la general penuria del reino era imposible sostener tantas guerras y mantener el poder de España á la altura que en su desvanecimiento pretendia el de Olivares.

CAPITULO III.

ITALIA.—ALEMANIA.—FLANDES.

De 1628 á 1637.

Cuestion del ducado de Mantua.—Parte que toman en ella el rey de España y el duque de Saboya.—Ejército francés en Italia.—Richelieu: Espinola: Gonzalo de Córdoba.—Muerte del duque de Saboya.—Muerte de Espinola.—Sitio, tregua y tratado de Casal.—Alianza de Richelieu con el rey de Suecia contra la casa de Austria.—Socorre España al emperador.—Guerra de Alemania.—Progresos de los suecos.—Batalla de Lutzen: triunfo de los suecos, y muerte de su rey Gustavo Adolfo.—Asesinato de Walstein.—El rey de Hungría.—Va el cardenal infante de España don Fernando á Alemania.—Sitio y rendicion de Norlinga.—Plan general de Richelieu contra España y el imperio.—Guerra en Alemania, en Italia, en la Alsacia, en el Milanesado, en la Valtelina, en los Países Bajos, en la Picardía y el Artois.—Manifiesto del rey de Francia, y contestacion de la corte de España.—Combate del Tesino.—Amenazan los españoles á París.—Decadencia del poder de España en los Países Bajos.—Muerte de la archiduquesa infanta de España.—Va el cardenal infante don Fernando.—Su conducta como gobernador y como capitan general.

A poco tiempo de esto suscitóse en Italia otra cuestion, en que, como en todas, quiso intervenir y tomar la parte principal el conde-duque de Olivares, que en sus incesantes aspiraciones representándose en cada novedad una nueva ocasion de engrandecimiento, com-